

currió esto en territorio de México, ¡hace ya tanto tiempo . . . !

Unos leñadores indígenas, en compañía de algunos esclavos africanos, huyeron de una finca—llamada Estrella de los Negros— que colindaba con la muy noble República de Guatemala, y se refugiaron en una de las selvas vírgenes del Estado de Chiapas. Allí, la vegetación era tan exuberante que apenas si permitía algún acceso al hombre.

En un claro del bosque, los leñadores construyeron algunas chozas con ramas de palmera. En ellas —por la noche—, sentados alrededor de una fogata, conversaban animadamente, bien unidos por el fuerte lazo que suele establecer el dolor. Lanzaban allí sus cantos impregnados de profunda tristeza, pero, un día, la naturaleza —siempre sabia— resolvió proporcionar un poco de regocijo a la vencida raza. ¿Cómo? Esto es lo que vamos a referir.

PARLAMENTO EN EL BOSQUE

Cierto día, un joven indio llamado "Pluma de Quetzal" se in-Cierto dia, un journal de lo acostumbrado. Iba, alegremente,

en busca de pitahayas.

Cuando más contento se hallaba, quedó atónito, suspenso, al oir algo como un rumor de voces. Al principio creyó en una broma del viento, que zumbaba a través del obscuro y copioso ramaje; pero fue grande su asombro al advertir que el rumor procedía de un diálogo sostenido entre un espigado cedro y una encina.

Decía entonces el cedro:

-Amiga mía: yo, que por mi altura alcanzo a ver más lejos que tú, observé ayer un penoso espectáculo.

-Cuéntame, buen cedro, ¿qué es eso que viste? ¿Cómo te preocupa tanto? - replicó la encina, curiosa e inquieta.

Has de saber que poco antes de ocultarse el Sol vi cómo un grupo de indios, reunidos quizá por la tarea del día, descansaban a la orilla del camino, callados, con la vista fija en la lejanía como esperando la hora de volver a ser libres.

La encina sacudió sus ramas y añadió:

-Pero, ¿es posible que nadie se duela de la desgracia de los pobres indios?

Tomó entonces parte en la charla un cocotero, que dejó oir su hermosa voz de bajo profundo, diciendo:

-Algo debemos hacer.

Un florido almendro agregó:

-Por mi parte, hace ya mucho tiempo que le ofrezco al indio lo mejor de mis frutos para su regalo.

Un corpulento árbol de mango, añadió:

-Pues yo no me quedo atrás.

Un orgulloso laurel, que no perdía palabra de la conversación, dijo también:



_Yo siempre me mantengo verde con el fin de coronar las fren. tes victoriosas de los guerreros.

Replicó el olivo:

Replico el olivo.

—¡Alto ahí! Creo que a toda costa debemos evitar que el hom. bre abuse de su fuerza para oprimir a los demás. Por eso he querido yo ser siempre el emblema de la paz...

EL MILENARIO AHUEHUETE

Tomó entonces parte en la escena el milenario ahuehuete, exclamando con voz de trueno:

—¡Cuidado con suscitar discordias! Bien sabemos que todos cooperamos al bienestar del hombre dándole ricos frutos y maderas preciosas. Unas veces atraemos la lluvia que fecunda los campos; otras, le proporcionamos fuego que dé calor a sus ateridos miembros. Podríamos decir que siempre le somos útiles, tanto en la plenitud de nuestra vida como cuando, secos y sin savia, nos desplomamos inertes. Pero ahora se trata de procurar a nuestros indios algo que mitigue un tanto lo penoso de su situación.

Un rústico y vulgar guarumo, masculló:

-Yo no me caliento la cabeza pensando cómo alegrar al hombre, porque tampoco él reconoce los servicios que le prestamos. El nos destruye sin tregua, sin considerar cuánto nos duele su indiferencia y desprecio.

Un gentil sándalo declaró, generosamente:

—Hay que hacer bien sin esperar recompensa. Yo regalo a todos sin distinción mi delicado aroma. Tolero al reptil que me profana con su baba inmunda. Y -¿qué más? - hasta perfumo al hacha que me hiere.

Las bondadosas palabras del sándalo lograron apaciguar los ánimos, que ya empezaban a caldearse.

Un hormiguillo, por fin, después de pensarlo mucho, se decidió a hablar. Era la primera vez que lo hacía en público, y con voz medrosa, dijo:

Compañeros: la idea del abuelo ahuehuete me ha conmovido. Por lo tanto, voy a descubrir mi secreto: ¡Hace mucho tiempo que vengo atesorando bajo mi corteza el torrente de armonías que se desprende continuamente de la naturaleza y que se perdía sin provecho alguno! Yo, poco a poco, lo fui recogiendo, ya de los cantos de los pajarillos, ya del estruendo de la cascada que, espumante, se pierde entre las rocas. En fin, he guardado desde el zureo de las palomas torcaces hasta el ronco bramido de la tempestad.

EL SECRETO DEL HORMIGUILLO

Una palmera que andaba muy atareada dando agua a sus cocos interrumpió al hormiguillo, diciéndole:

—¿Con qué objeto has reunido todas esas melodías? No veo ningún fin práctico en ello.

El hormiguillo, mirándola con lástima, respondió:

—Hermana mía: tú, como tan sólo te preocupas de dar agua a tus cocos con la mira de que crezcan lozanos y sabrosos para la material satisfacción del hombre, no alcanzas a comprender el inmenso goce espiritual que yo le voy a proporcionar con mi madera. Ella está impregnada del alma de la selva y os lo voy a probar.

Entonces comenzaron a desprenderse del árbol los acordes más sublimes, que —como producidos por una orquesta invisible— hicieron estremecer la selva. El hormiguillo, entusiasmado, decidió hacer un derroche de lo mejor de su repertorio. Era delicioso oir cómo ejecutaba diversas melodías, ya tiernas y llenas de inenarrable dulzura, ya hondas como el suspiro que se escapa de los pechos que sufren.

Por fin, acabó el concierto ante la admiración de Pluma de

Quetzal, que, arrobado e inmóvil como una estatua, llegó hasta olvidarse de las pitahayas en cuya busca había salido. Lleno de ale, gría regresó a la choza sobre una alfombra de flores que los árboles desparramaron, emocionados al escuchar la música tan original del hormiguillo, que humildemente seguía recibiendo plácemes de todos.

Casi sin aliento, y ya bien entrada la noche, llegó Pluma de Quetzal a la choza donde con verdadera angustia lo esperaban sus padres y el resto de sus compañeros. Ya pensaban en que hubiera sido víctima de las fieras que tanto abundaban por allí.

Con voz entrecortada por la fatiga y sin esperar a que lo interrogaran, comenzó el joven a referir lo que había presenciado, y era tal
el entusiasmo con que se expresaba, que los indios dudaban si habría
perdido la razón, y lo veían con no poco recelo, porque Pluma de
Quetzal quería nada menos que al instante lo acompañaran a aquel
lugar de la selva para que todos gozasen como él había gozado.

A duras penas pudieron contenerlo prometiéndole que al día siguiente irían todos, pero cada vez más convencidos de que el joven estaba rematadamente loco.

LA MADERA ENCANTADA

Tan pronto como amaneció, antes de que el Sol asomara su cara redonda por encima de la arboleda, nuestro joven estaba ya en pie y, sin pensar en tomar su frugal alimento, partió como una flecha hacia la selva.

Pero sus esperanzas se vieron fallidas. El hormiguillo, de nuevo meditabundo, no daba la menor muestra de su pasada actividad. Cabizbajo y lleno de pesadumbre pasaba Pluma de Quetzal los días yendo y viniendo por la misma vereda al sitio donde antes escuchara al árbol prodigioso.

Allí lo vieron los compañeros, que, llenos de interés, espiaban



todos sus pasos. Otras veces, pegando el fino oído a la dura corteza, creía escuchar una música tan deliciosa que sus ojos, negros como el azabache, se humedecían sin poderlo remediar.

Los indios, que a toda costa deseaban poner fin a la aflicción de Pluma de Quetzal, aprovecharon hábilmente la hora en que él dormía y se dirigieron, provistos de afiladas hachas, en busca del árbol. Llenos de ira, la emprendieron con él, asestándole recios golpes para arrancar de la tierra a quien —según decía el más anciano— había embrujado a Pluma de Quetzal.

Pero, ¡cuál no sería la sorpresa al darse cuenta de que a cada golpe de hacha se oían sones bellísimos como si procedieran de un bien templado instrumento musical!

Aterrorizados, no querían proseguir; y casi estaban a punto de huir cuando, todo sudoroso y agitado, se presentó Pluma de Quet-



Y entonces —¡oh, maravilla de maravillas!— oyó que el árbol se quejaba lastimosamente y decía:

-¡Acabad de una vez y tomad mi madera, que está llena de armonías!

MANANTIAL DE ARMONIAS

Pluma de Quetzal, aun cuando los de su raza no acertaban a salir de su estupor, los estimuló a que acabaran el derrumbe del hormiguillo, el cual, una vez en tierra, fue dividido en trozos que se repartieron y transportaron cuidadosamente a sus chozas.

Al día siguiente era prodigiosa la actividad del indio entregado a la faena de cortar tablitas de diferentes tamaños, las cuales, a cada golpe que él les daba con unos palillos, producían sonidos en extremo agradables. Todos rodeaban ahora al improvisado músico y ya no lo creían tan loco. Por el contrario, lo respetaban y agasajaban llevándole los frutos más raros. Pluma de Quetzal, agradecido, ensayaba procedimientos que hicieron más clara y distinta la sonoridad de la madera. Hasta que un día logró presentar a sus compañeros un rústico instrumento que, provisto de unas jícaras o tecomates colocados bajo las tablillas, producía melodías que seme-

pájaros.

Con el tiempo llegó a ser gran artista.

jaban los trinos de todos los

APARECE LA MARIMBA

Según la tradición, los negros que convivían con los indios, am. Según la tradición, los negros que convivían con los indios, am. parados bajo la bóveda de la selva inexplorada, dieron al instruparados bajo la bóveda de la selva inexplorada, dieron al instruparados bajo la bóveda de la selva inexplorada de sus tribus salvajes, mento el nombre de marimba, como recuerdo de sus tribus salvajes, allá, en Africa la misteriosa.

Al fin, la noble región de Chiapas había dado a los nativos un Al fin, la noble región de Chiapas. Si el conquistados la conquistado la

las hojas de los calculados de Ella esconde en sus notas quejumbrosas el mágico hechizo de Ella esconde en sus notas quejumbrosas el mágico hechizo de hablar discretamente al corazón de nuestros indios, de contarles mishablar discretamente al corazón de su pasado. teriosamente sus viejas leyendas, el esplendor de su pasado.



todos sus pasos. Otras veces, pegando el fino oído a la dura corteza, creía escuchar una música tan deliciosa que sus ojos, negros como el azabache, se humedecían sin poderlo remediar.

Los indios, que a toda costa deseaban poner fin a la aflicción de Pluma de Quetzal, aprovecharon hábilmente la hora en que él dormía y se dirigieron, provistos de afiladas hachas, en busca del árbol. Llenos de ira, la emprendieron con él, asestándole recios golpes para arrancar de la tierra a quien —según decía el más anciano— había embrujado a Pluma de Quetzal.

Pero, ¡cuál no sería la sorpresa al darse cuenta de que a cada golpe de hacha se oían sones bellísimos como si procedieran de un bien templado instrumento musical!

Aterrorizados, no querían proseguir; y casi estaban a punto de huir cuando, todo sudoroso y agitado, se presentó Pluma de Quetzal, quien, al ver el destrozo hecho

en el árbol, se abrazó como otras veces al grueso tronco...

Y entonces —;oh, maravilla de maravillas!— oyó que el árbol se quejaba lastimosamente y decía:

—¡Acabad de una vez y tomad mi madera, que está llena de armonías!

MANANTIAL DE ARMONIAS

Pluma de Quetzal, aun cuando los de su raza no acertaban a salir de su estupor, los estimuló a que acabaran el derrumbe del hormiguillo, el cual, una vez en tierra, fue dividido en trozos que se repartieron y transportaron cuidadosamente a sus chozas.

Al día siguiente era prodigiosa la actividad del indio entregado a la facna de cortar tablitas de diferentes tamaños, las cuales, a cada golpe que él les daba con unos palillos, producían sonidos en extremo agradables. Todos rodeaban ahora al improvisado músico y ya no lo creían tan loco. Por el contrario, lo respetaban y agasajaban llevándole los frutos más raros. Pluma de Quetzal, agradecido, ensayaba

madera. Hasta que un día logró presentar a sus compañeros un rústico instrumento que, provisto de unas jícaras o tecomates colocados bajo las tablillas, producía melodías que semejaban los trinos de todos los pájaros.

clara y distinta la sonoridad de la

procedimientos que hicieron más

Con el tiempo llegó a ser gran artista.